

ACUÑA, HERNANDO DE (1518-1580)

*POESIA*

LA FAMA DE CARLOS V  
LA FÁBULA DE NARCISO  
ELEGÍA A UNA PARTIDA  
DÉCIMAS  
GLOSAS  
SONETOS  
CANTO DE SILVANO  
SILVANO A SILVIA  
QUEJAS DE AUSENCIA ENVIADAS A SU MUJER  
MADRIGALES  
EPITAFIO PUESTO EN UN RETRATO DE UNA SEÑORA  
LIRAS  
ESTANCIAS

LA FAMA DE CARLOS V

Yo, que soy la que levanto  
de la sepultura al hombre  
y con mi voz puedo tanto,  
que hago inmortal el nombre  
de los famosos que canto,  
con mil lenguas y clamores  
cantaré de los mayores  
el más famoso y mayor,  
y el monarca emperador  
de reyes y emperadores.

De quien los más poderosos  
su poder reconocieron,  
y su nombre los famosos,  
y al que humillados rindieron  
sus armas los belicosos.  
Y en cuyo valor se encierra  
cuanto en la paz y en la guerra  
merece que más se alabe,  
lo que en mil lenguas no cabe  
ni en el orbe de la tierra.

Do justicia y fortaleza,  
y con ellas temperancia,  
con muy constante firmeza,  
vivieron en propia estancia,  
unidas con su grandeza.  
Y él fue en ellas tan entero  
y amador tan verdadero,  
que en todas tres en el mundo  
a ninguno fue segundo,  
y a los mayores primero.

Así se ha de anteponer  
a pasados y presentes,  
pues extendió su poder  
do no conocidas gentes  
le vienen a conocer;  
y do, en viendo las primeras  
de sus invictas banderas,  
se le dan por mil razones  
las más bárbaras naciones,  
reinos y provincias fieras.

Triunfó de la esclarecida  
Provincia, que fue señora;  
temióle la más temida,  
y la antigua vencedora  
fue de sus armas vencida:  
y por ellas en un día  
vio acabada la porfía,  
la conquista sin ganancia  
de todo el poder de Francia,  
y a su rey preso en Pavía.

Puso, como defensor  
del santo nombre cristiano,  
a su enemigo mayor,  
con armada y fuerte mano,  
duro freno de temor;  
tal que, cuando acometía  
la Cristiandad y venía  
con poder innumerable,  
huyó con daño notable,  
quedando segura Hungría.

Por él fueron conquistados,  
para ser restituidos,

grandes reinos, y amparados;  
los reinos desposeídos,  
y en su posesión tornados:  
que la virtud más loable,  
y el hecho más memorable  
de un poderoso, es el ser  
escudo con su poder,  
y amparo del miserable.

Los tiranos rebelados  
de la Fe y dél en su tierra,  
con gran liga conjurados,  
fueron dél en justa guerra  
presos y desbaratados;  
y por él, en conclusión,  
la Cristiana Religión,  
perseguida y trabajada,  
fue en sus tiempos amparada  
de toda persecución.

Por do fue merecedor  
que Dios le quisiese dar  
de sí tan gran sucesor,  
que le pudiese llamar  
traslado de su valor;  
a quien el Cielo concede  
que con sus reinos herede  
su misma felicidad,  
la cual de edad en edad  
a sus sucesores quede.

Y al fin hubo otra vitoria  
que la más clara escurece,  
y es digna de tal memoria,  
que por sí sola merece  
divina, no humana historia:  
pues fue solo él vencedor  
de su grandeza y valor,  
cuando del humano estado  
despreciando el summo grado,  
ganó el Imperio mayor,

## LA FÁBULA DE NARCISO

Si un bajo estilo y torpe entendimiento

merezieran llegar a aquella altura  
do, señora, llegó mi pensamiento,  
y tuviera en esto igual ventura,  
pudiera yo contar lo que es sin cuento,  
dando a vuestro valor y hermosura  
seguridad, cual nadie la ha tenido,  
de la ofensa del tiempo y del olvido.

Mas si mi ingenio lo procura y quiere,  
razón lo contradice y le castiga,  
pues manda que primero considere  
a qué puede bastar y a qué se obliga.  
Porque de vuestro ser ninguno espere  
llegar a decir tanto, que no diga  
mucho más el silencio, con la falta  
de quien ose emprender cosa tan alta.

Y pues de tanto bien como en vos veo  
aun no puede lo menos celebrarse,  
lo más, que yo no entiendo, aquello creo,  
que aquí tiene mi fe donde fundarse.  
Y ofreciendo por obra el buen deseo,  
podrá con justa causa disculparse  
el flaco, que no emprende gran conquista,  
y el que mirando al sol pierde la vista.

Así, por ser en esto tan notoria  
la poca fuerza del ingenio humano,  
en vuestro nombre trataré una historia  
cuyo sujeto no se finge en vano.  
Y vos, que sola estáis en mi memoria,  
desde ella alumbraréis mi ingenio y mano  
con aquel resplandor y luz que distes  
al siglo venturoso en que nacistes.

Y aunque el camino, y el juicio vuestro,  
va de lo general tan apartado,  
yo sé que contra Amor, y en daño nuestro,  
seguís lo que es de muchas aprobado:  
ésta es la ingratitud, que es un siniestro  
y error por mil ejemplos reprobado,  
como dello nos da más claro aviso  
la vida con la muerte de Narciso.

Amor rige su imperio sin espada,  
mas con todo castiga, y no consiente

que sea en su desprecio tan usada  
la fiera ingratitud entre la gente;  
la cual, siendo mil veces condenada  
a destierro por él, tan justamente,  
se admite, y hay mil damas tan exentas,  
que con ella le hacen mil afrentas.

Y conviene entender que no se debe  
menospreciar jamás virtud divina,  
y menos la de Amor, que al bien nos mueve  
y de bien en mejor nos encamina.  
Y la que contra Amor yerra o se atreve  
entienda que a pasar se determina  
lo terrible del mundo y lo más fuerte,  
que es triste vida y miserable muerte.

Si Amor muda en fortuna la bonanza  
de quien contradecille espera, o piensa,  
juzgad, señora, si hará venganza  
de quien por obra le hiciere ofensa.  
Que como es la soberbia, y confianza,  
pecado inmenso, así es la pena inmensa,  
cual a muchas la dio, cuya memoria  
vive en la antigua y la moderna historia.

Y los ejemplos que en el mundo ha habido,  
ni los basta a contar verso ni prosa,  
de las que, a Amor habiendo resistido,  
con muerte lo pagaron dolorosa.  
Testigos serán Fedra, File y Dido,  
y serálo también Enón hermosa,  
con Ariadna, Hipsífyle y Medea,  
cuya verdad es justo que se crea.

Cualquiera destas fue soberbia y cruda,  
hasta que Amor, a la venganza vuelta  
su blanda voluntad, que así se muda,  
la dellas castigó que andaba suelta.  
Tanto, que a cada cual negó su ayuda,  
cuando la vio en pasiones más envuelta,  
y al fin, como se escribe, fenecieron  
entre penas diversas que sufrieron.

Mas ¿qué testigo habrá más verdadero  
para probar esta opinión tan cierta?  
¿Qué ejemplo deste tiempo, o del primero,

nos muestra la verdad más descubierta,  
y declara mejor al venidero,  
si quien resiste a Amor yerta o acierta,  
que el caso lamentable de Narciso,  
hermosísimo hijo de Cefiso?

De Cefiso y Leríope engendrado,  
fue, por su mal, Narciso tan hermoso  
que, en mostrándose al mundo, fue estimado  
por un don celestial maravilloso.  
Esto puso a sus padres en cuidado,  
que un bien tan excesivo y milagroso,  
como exceder parece a la natura,  
es común opinión que poco dura.

Y con este temor su madre vino  
donde a los pueblos su respuesta daba  
el hado Tiresias, adivino  
que a todos la verdad pronosticaba.  
Pídele si a Narciso su destino  
breves o largos días le otorgaba,  
que tan nueva belleza en mortal vida  
cuanto más es amada es más temida.

Como acabó la madre su pregunta  
sobre tan importante y cara cosa,  
aunque está la esperanza al temor junta,  
quedó de la respuesta temerosa.  
Ésta le da Tiresias, en que apunta  
el mal futuro en condición dudosa:  
que el niño cuya vida saber quiere  
gran tiempo vivirá si no se viere.

A los padres fue oscura esta respuesta,  
o al menos se pasó sin ser creída,  
hasta que en fin se hizo manifiesta  
con el triste suceso, y fue entendida  
tan nueva forma de morir como ésta,  
y fin tan miserable de una vida,  
que se viese o se oyese no se alcanza,  
y, permitióllo Amor en su venganza.

Jamás se vio en humana criatura,  
primero ni después, mayor belleza  
que la que dio a Narciso la natura,  
de gracia acompañada y gentileza:

el aire, el ademán v la postura  
tal novedad mostraban y extrañeza,  
que igual no solamente no tenía,  
mas poderlo tener no parecía.

Las felices estrellas se juntaron  
y en hacelle hermoso concurrieron,  
las gracias todas juntas le dotaron  
de todo lo mejor que en sí tuvieron:  
la pintura fue tal que nunca osaron  
retratalla en color, ni la esculpieron,  
Apele, Zeusi, Praxitele o Fidía,  
ni lo supo emendar la mesma envidia.

Iba creciendo el mozo, y mil querellas  
con suspiros y lágrimas crecían,  
por donde andaba, en dueñas y doncellas,  
sin poderse valer cuantas le vían,  
no sin admiración en todas ellas  
de la nueva mudanza que sentían,  
que la más libre, en viéndole presente,  
prueba lo que es amar fundadamente.

Mas él, que es contra Amor endurecido  
y de seguille está tan apartado,  
que, como a otro el ser aborrecido  
tanto y más le aborrece el ser amado,  
de ninguna entre tantas fue movido  
ni de ajeno dolor toma cuidado,  
que, si hay cosa que iguale a su belleza,  
es sólo su desdén y su aspereza.

En ningún ejercicio se embaraza  
que se conforme con sus verdes años,  
ni toma gusto sino sólo en caza  
y en hacer a las fieras mil engaños.  
Déstas sin descansar sigue la traza,  
que en seguir los provechos o los daños  
de Amor no piensa ni se acuerda dello,  
o, si se acuerda, es para aborrecello.

Mas en los montes, valles y espesura  
de las selvas ya dél acostumbradas,  
aún vino a ser dañosa su figura,  
y a causar más de un llanto sus pisadas:  
que en verle no quedó ninfa segura,

ni pudieron estarlo en sus moradas,  
antes con las demás a un mismo punto  
el verle y el arder fue todo junto.

Y con mostralle claro que le amaban,  
no solamente a amar no le movían,  
pero con la blandura que mostraban  
en extremo mayor le endurecían.  
Así más lejos siempre se hallaban  
cuanto más deseosas le seguían,  
dando deste dolor y sentimiento  
sus quejas y sus lágrimas al viento.

Y por montes y selvas maldiciendo  
van las tristes amantes de una en una  
el punto en que le vieron, pues muriendo,  
la muerte no le mueve de ninguna.  
Y como va el dolor siempre creciendo,  
maldicen su deseo y su fortuna,  
y al cielo que juntó beldad tamaña  
con rigor y aspereza tan extraña.

Al amor cada una reprehende  
como digno de ser reprendido,  
que no siente su daño y que no entiende  
lo que dél suele ser tan entendido:  
que su reino y sus leyes no defiende  
de un mozo de quien es tan ofendido,  
y siendo despreciado, se consiente  
despreciar y ofender tan claramente.

¿Dónde está, Amor, tu brazo poderoso,  
le dicen, y tan fuerte en toda parte,  
que a Plutón en el reino tenebroso  
sojuzgó, y en el cielo a Apolo y Marte?  
¿Cómo el temido es ya tan temeroso,  
y sufres que un soberbio no se harte  
de ver contino llanto en nuestros ojos,  
llevándonos las almas por despojos?

¿Dónde está el arco, Amor, que te hacía  
tan temido en el mundo y acatado,  
y las saetas, que cualquier valía  
contra el más duro pecho y más armado?  
¿Dó está la ardiente hacha que encendía  
el corazón más frío y más helado?



¿Dó está el cuidado y el mortal recelo,  
la esperanza, el temor, la llama, el yelo?

¿Cómo del arco se aflojó la cuerda?  
¿Cómo se despuntaron tus saetas?  
¿Cómo permites que el temor se pierda  
a tus públicas armas y secretas,  
sufriendo al que no cura ni se acuerda  
que amenazas con mal, o bien prometas?  
Pues tu reino y tu ser debe moverte,  
si perdello no quieres y perderte.

Narciso libre y suelto anda cazando  
por montes, valles, selvas y riberas,  
hiriendo crudamente, y aun matando,  
más número de ninfas que de fieras;  
y de tu imperio, Amor, siempre burlando,  
y de nuestras congojas lastimeras.  
Pues mira, de quien tanto se atreve,  
si un divino poder vengarse debe.

Estas y otras mil cuitas semejantes  
dicen las tristes sospirando al cielo,  
en amar a Narciso tan constantes  
cuan llenas de dolor y desconsuelo.  
Y, aunque de ser amadas tan distantes  
cuanto está el fuego de la nieve o yelo,  
todas van a buscar y amando siguen  
a aquél que con seguille se persiguen.

Tal hubo entre ellas que, a seguirle intenta,  
de venir a hallarle se temía,  
que el fuego en que Amor lejos la sustenta  
temor de cerca en yelo le volvía.  
Así nueva pasión cumple que sienta  
doquier que el pie o el ánimo movía,  
y así del bien y mal por prueba siente  
que vienen a dañar casi igualmente.

Hubo otra allí que, cuando más quejosa,  
la desesperación le dio esperanza  
de contarle su pena dolorosa,  
de suerte que hiciese en él mudanza.  
Ya está de comenzarle deseosa  
y esfuérase en su débil confianza,  
tanto que entre sí mesma ya decía:

«Pues callo mi dolor, la culpa es mía.

Mía es toda la culpa, pues no entiendo  
ni procuro a mi mal remedio o cura.  
No me ofende Narciso, yo me ofendo,  
y él no sabe mis ansias por ventura:  
él no puede saber que estoy muriendo,  
si nunca le conté mi desventura,  
que al viento y a los montes la descubro,  
y a quien puede valerme se la encubro».

Así diciendo y suspirando, parte  
a buscar y seguir el crudo amante,  
pensando de qué forma y con cuál arte  
le mostrase su pena y fe constante.  
Ya junta la razón, ya la reparte:  
«Esto diré después, esto delante»;  
ora a este dicho, ora a aquél se allega  
y, junto éste y aquél, afirma y niega.

Pero en el punto que a mirar llegaba  
al que a paso tan duro le ha traído,  
de sólo contemplalle se acordaba,  
poniendo lo demás todo en olvido.  
Toda junta en miralle se empleaba,  
para sólo mirar tiene sentido,  
y éste mil veces aun quería perdelle  
viendo tan claro que le enoja en velle.

Así, lo que a otro descubrir quería,  
así misma decirlo osaba apena  
y queda del temor helada y fría,  
el alma de dolor y angustia llena.  
Sólo sabe seguir la usada vía  
de estar toda en Narciso y de sí ajena,  
hacer concetos y quedarse muda,  
y, temiendo, esperar en vano ayuda

Entre las otras ninfas Eco andaba,  
más graciosa que todas y más bella,  
a quien su habla natural faltaba  
por causa que ella dio para perdella,  
tal que a hablar en vano se esforzaba.  
Así lo permitió su fiera estrella,  
juntando este trabajo y desventura  
con su extremada gracia y hermosura.

Y de todo su mal causa había sido  
Juno, del alto Júpiter esposa,  
que buscando en un valle a su marido,  
del cual andaba, con razón, celosa,  
Eco delante se le había ofrecido  
y, con manera de hablar graciosa,  
tanto la tuvo en un sabroso cuento,  
que la diosa tardó y erró su intento.

Porque tal lugar dio el entretenella  
a Júpiter, que cerca la sentía,  
que se pudo apartar y esconder della  
la ninfa que consigo allí tenía.  
Y sin que viese Juno a él ni a ella,  
se escaparon los dos por otra vía.  
Advertida la diosa deste engaño,  
sobre Eco quiso que cayese el daño.

Y dijo: « ¡Oh ninfa!, porque el mundo aprenda  
a temer a los dioses, mando y quiero  
que tu engañosa habla a nadie ofenda  
de hoy más, y que este engaño sea el postrero,  
y que no hables ni tu voz se entienda,  
sino oyendo hablar a otro primero,  
y replicando de la voz ajena  
las últimas palabras con gran pena».

Hecho, pues, un castigo tan notable,  
la diosa se partió de allí enojada,  
quedando la triste Eco miserable  
con dolor en el alma y lastimada:  
mueve la lengua con pensar que hable  
palabras con que fuese perdonada,  
mas sólo, cuando Juno hablaba,  
sus últimos acentos replicaba.

Extraña es la pasión que prueba y siente  
de verse así la triste enmudecida,  
y aunque del yerro tarde se arrepiente,  
con señales se muestra arrepentida.  
Tiene su primer voz siempre en la mente,  
esto hace su pena muy crecida,  
y acreciéntase mas con que no espera  
volver ya al uso de la voz primera.

Ésta, pues, vio a Narciso que, cazando  
como solía, por la selva andaba;  
mírale atenta y, yéndole mirando,  
por sí mesma la triste no miraba:  
que por la vista Amor va penetrando  
hasta que al alma y corazón pasaba,  
do apenas ha pasado, apenas llega,  
cuando la fuerza de ambos se le entrega.

Al Amor sin sentido se ha entregado  
y a su poder del todo está rendida,  
tanto que es otra y que del mal pasado  
con el dolor presente se le olvida:  
ya lo que suele no le da cuidado,  
ya no se acuerda de su voz perdida,  
que a la pasión humana que más puede  
la que nace de Amor pasa y precede.

Estando de seguille o no dudosa,  
en fin Amor la fuerza a que le siga.  
Jamás fue de hablar tan deseosa  
ni el ser muda le dio tanta fatiga;  
mas, viendo ya ser imposible cosa  
que el todo de su mal, ni parte, diga,  
sólo que él hable es lo que pide y quiere  
por poder replicar lo que dijere.

Vale siguiendo atenta y escuchando  
por ver si acaso a su Narciso oyese  
cualquier palabra con que, replicando,  
a lo menos con él hablar pudiese.  
Y de lo que desea va esperando  
si en fin de su razón algo dijese  
con que ella, respondiendo como suele,  
manifieste un dolor que tanto duele.

Así le sigue, y cuanto más se allega  
siente mayor y más cercano el fuego;  
entre sí ya le habla y ya le ruega,  
sin acordarse que no se oye el ruego;  
ya aprueba lo que hace, ya lo niega,  
y desta confusión se culpa luego,  
y nácenle en el alma mil concetos  
que por falta de voz son imperfetos.

Pero los ojos muestran, y el semblante,

lo que mostrar no pueden sus razones,  
do cualquiera señal es tan bastante,  
que en una se declaran mil pasiones.  
Muévese, espera y vuelve en un instante,  
según le pinta Amor las ocasiones,  
que tal es en la triste la mudanza  
cual el temor la hace, o la esperanza.

Perdióse tras un corzo acaso un día  
Narciso por la selva donde andaba,  
y el verse lejos de su compañía,  
en tanta soledad, temor le daba.  
Eco sola escondida le seguía,  
Eco era sola quien por él miraba  
para ser al peligro la primera,  
si a desdicha saliese alguna fiera.

Que la muerte le viene a la memoria  
de aquel hermoso Adonis, desastrada,  
y Venus, que con él pierde su gloria,  
sobre el sangriento cuerpo abandonada.  
Teme que aquella lamentable historia  
venga a ser en su daño renovada,  
y el de Narciso tiene por su daño,  
que el suyo ni le teme ni es tamaño.

Pues de seguir el corzo ya dejando,  
quedó cansado el mozo y afligido  
de ver venir la noche, recelando  
que allí la ha de pasar solo y perdido.  
A toda parte mira y, esperando  
de alguno de los suyos ser oído,  
en altas voces «Aquí estoy» decía,  
y Eco sola «Aquí estoy» le respondía.

Oye la voz y está maravillado  
de quién será el que habla y se le esconde;  
vuelve a llamar y siente ser llamado  
con sus palabras sin saber de dónde.  
«Pues venid y allegad», dice espantado,  
y escucha de qué parte o quién responde;  
mas Eco, oyendo lo que pide y quiere,  
«Venid, llegad», en alta voz refiere.

Aquí la esforzó Amor a que, saliendo,  
al amado Narciso se allegase

y, decille sus ansias no pudiendo,  
mostrallas con señales procurase.  
Con llanto, con suspiros, y gimiendo,  
ninguna hubo en amor que no mostrase,  
y juntamente, aunque era todo en vano,  
se llega por tomarle de la mano.

Pero Narciso, a cuya gran dureza  
no puede la de un mármol compararse,  
no sólo la apartó con extrañeza,  
mas luego, por no vella y apartarse,  
huye por do mayor es la aspereza,  
diciendo, sin dejar de apresurarse:  
«Antes yo muera de rabiosa muerte  
que sufra que me quieras, o quererte».

No pudo aquí sufrir ya el corrimiento,  
mas, gimiendo la triste y sospirando,  
por la espesura se arrojó sin tiento,  
«Me quieras, o quererte» replicando.  
De sí le viene ya aborrecimiento,  
de la gente y la luz se va apartando,  
mas dentro de su pecho oye y entiende  
quién de todo la culpa y reprehende.

Metida al fin en una cueva oscura,  
entre sí mesma habla y dice al cielo:  
«Eterno movedor que de la altura  
miras cuanto se hace en este suelo,  
tú, que tan nueva gracia y hermosura  
formaste por mi daño y desconsuelo,  
no permitas que quede sin castigo  
tanta fiereza y desamor conmigo.

Mas el que hizo en mí tan gran mudanza  
sienta en el alma y corazón mudarse,  
y pruebe qué es amar sin esperanza  
quien a tantas movió a desesperarse;  
y porque al daño iguale mi venganza,  
él venga de sí mismo a enamorarse,  
pues ni puede probar mayor dureza,  
ni vencerle podrá menor belleza.

Y en mí, que sólo para llanto y pena  
y males nunca vistos fui nacida,  
cúmplase presto lo que el hado ordena,

que es ser luego deshecha y consumida:  
nunca será sino agradable y buena  
muerte que me privare de tal vida,  
pues que viene a librar mis tiernos años  
de mil presentes y futuros daños».

Mientras esto consigo está diciendo,  
dio el cielo de piedad señal muy clara:  
vase el humor vital ya consumiendo  
por el hermoso cuerpo y por la cara;  
ya el frío por los miembros va corriendo,  
ya el calor natural los desampara,  
ya está en la mayor parte endurecida,  
ya queda en dura piedra convertida.

La voz le quedó viva solamente,  
mas limitada y no como solía;  
vive invisible, y a lo que oye y siente  
responde sin tristeza ni alegría.  
Mas cuando tal ofensa Amor consiente,  
para vengarse no le falta vía,  
que luego tiempo y ocasión ordena  
de dar a tanta culpa mayor pena.

Los montes y los llanos calentaba  
con sus rayos el sol de mediodía,  
cuando con su ganado reposaba  
a la sombra el pastor donde solía;  
de su trabajo el labrador cesaba,  
para volver de nuevo a su porfía;  
daba la hora reposo a los mortales  
y sosiego a las aves y animales.

Narciso, que con sed y caluroso,  
no menos que cansado, se hallaba,  
sombra para tomar algún reposo  
y agua do se refresque deseaba;  
y en fin llegando a un valle deleitoso,  
a una fuente su suerte le guiaba  
cual nunca la halló persona humana,  
ni cazando jamás Febo o Diana.

En piedra natural está cavado  
el vaso de la fuente, tan guardada,  
que de ninfa o pastor, ni de ganado,  
ni de ave o fiera fue jamás tocada.

Defiéndela del sol porcada lado  
una espesura de árboles cerrada,  
y el verde suelo pintan tiernas flores  
de mil diversidades de colores.

En la fuente y el valle, la natura  
no dejó ningún obra para el arte,  
que son sombra agradable y con frescura  
parece que convida a cada parte.  
Y sale la corriente a la verdura,  
do con dulce sonido se reparte  
en chicos arroyuelos, de manera  
que hacen inmortal la primavera.

No tan presto Narciso ve delante  
la dulce sombra del lugar presente,  
que se alegra en el alma y al instante  
a refrescarse va junto a la fuente;  
donde el que, siempre amado y nunca amante,  
al Amor despreció tan libremente  
a pena nunca vista es condenado  
de Amor, que no perdona este pecado.

¡Oh cuánto para el triste mejor fuera,  
sin reposar en el ardiente estío,  
seguir como era usado alguna fiera,  
y aun seguilla en invierno al mayor frío,  
que haber llegado a verse en lo que espera!  
Mas contrastar al hado es desvarío,  
que no hay mudanza en lo que cielo ordena,  
o placer o pesar, descanso o pena.

Así, ya cuando de su desventura  
el término y el punto era venido,  
bajándose a beber vio su figura,  
que vista por él antes no había sido;  
pero tan desusada hermosura  
como la que en el agua ha aparecido,  
ni conoce que es suya, ni imagina  
que humana pueda ser, sino divina.

Como a tal la saluda, y juntamente  
la ve claro moverse a saludalle,  
y que, lo mesmo que él, hace y consiente  
en cualquier ademán y en el hablalle.  
Vuelve y escucha en torno de la fuente



si el son de aquella voz entienda o halle,  
mas ve que calla si él está callando,  
y que cuando él escucha está escuchando.

Parécele, si él habla, que responde,  
y que de verle triste se entristece;  
que si él algo se aparta, se le esconde,  
si vuelve a aparecer luego parece.  
En fin quiere su suerte, que allí adonde  
vino por refrescarse le acaece  
que, por quitar la sed y ardor que tiene,  
más sed y más ardor le sobreviene.

Ya no sabe qué diga ni qué haga,  
ni en lo que está, ni a sí sabe entenderse;  
ya recibe de Amor aquella paga  
que a tal ingratitud podía deberse:  
no halla cosa en qué se satisfaga,  
el estarse le cansa, y el moverse,  
deshácese entre sí como quien prueba  
con libre corazón cosa tan nueva.

Con extraña atención al agua mira,  
ni descansa en miralla ni en no vella,  
ya deja de mirar y se retira,  
ya vuelve sin saber partirse della.  
Por quien mil sospiraron ya sospira,  
quien querellas causó ya se querella,  
y ya tiene los ojos de agua llenos  
quien tanta derramó de los ajenos.

Mas tanta de los suyos ya llovía,  
que remueve y enturbia el agua clara,  
y esto la amada vista le impedía,  
que siendo suya le costó tan cara.  
Recélase que al valle se saldría,  
parte a seguilla, y en partiendo para,  
y en parando se vuelve a mirar luego  
y a encender en el agua el mismo fuego.

De nuevo se está atónito, admirado  
de todo aquello en que él es admirable,  
y ya el mirar le tiene en un estado  
que es sobre la miseria miserable.  
Y el que padece es mal tan desusado,  
que por la novedad es incurable,

pues mira en sí lo mesmo por que muere  
y, viéndose morir, mirarlo quiere.

Mas su mirar no entiende que es mirarse,  
ni que este su querer era quererse,  
ni que su desear es desearse,  
ni su no conocer desconocerse:  
extraño mal que a sí le dañe amarse,  
que venga a ser provecho aborrecerse,  
y convenga ser dél su propia vida,  
antes que tan amada, aborrecida.

Ya va creciendo el agua que corría<sup>585</sup>  
con la que de sus ojos él derrama,  
ni de comer se acuerda en todo el día,  
ni hay para él noche, ni reposo o cama.  
No cesa un punto su mortal porfía,  
habla, gime, sospira, llora y llama,  
turba la fuente con su llanto crudo,  
no ve su sombra, y queda ciego y mudo.

No hay remedio ni cosa que sea parte  
para consuelo de pasión tan nueva,  
ni hambre o sueño que de allí le aparte,  
ni otra razón o fuerza que le mueva.  
Busca, tienta, procura, usando de arte,  
y, en fin, ya la experiencia y larga prueba  
le descubren y muestran el engaño,  
que así lo quiere Amor para más daño.

Descúbrese el engaño, y él entiende  
lo que hasta aquel punto no ha entendido:  
que él solo es el que daña y el que ofende,  
y solo es el dañado y ofendido;  
que él es el que arde y el que el fuego enciende,  
el movedor de todo y el movido;  
que el que desea es él, y el deseado;  
y, en fin, que es el amante y el amado.

¡Oh, cuál fue su dolor y, cuál su llanto,  
luego que entiende lo que no entendía,  
que se aumentan en él y crecen cuanto  
más imposible su esperanza vía!  
A las aves del aire pone espanto  
y las fieras del bosque enternece,  
los árboles que cerca de allí estaban

los ramos a sus quejas inclinaban.

Eco, la triste ninfa, aunque corrida  
y con tan justas causas enojada,  
puesto que de su queja no se olvida  
ni della ya podrá ser olvidada,  
condoliéndose dél en ver su vida  
de tanto bien a tanto mal mudada,  
todas las veces que quejar le oía  
a su clamor y quejas respondía.

«¡Oh valle, oh selva, oh montes y llanura!»  
dice en voz dolorosa el desdichado,  
«pues tan durable vida os dio natura,  
decí, en mil siglos que ya habéis pasado,  
si vistes de tan nueva desventura  
un corazón humano rodeado,  
o fingirse un dolor cual es el mío,  
con imaginación o desvarío.

Triste, que está conmigo el bien que quiero,  
y dejarme, aunque quiera, no podría,  
y por el mismo bien que tengo muero,  
que si no lo tuviese viviría.  
Por sólo poseello desespere  
de lo que, estando en otro, esperarí.  
¡Oh crudo y fiero Amor, oh caso extraño,  
que en tener lo que quiero esté mi daño!

Si no cesa el deseo ni es cumplido,  
aunque se goce el bien que se desea,  
no siendo el amante poseído  
de suerte que en sí mismo lo posea,  
injustísimo Amor, ¿por qué has querido  
que sólo en mí tan al contrario sea,  
que en mí tenga mi bien, y con tenelle  
muera entre el desealle y poseelle?

Contra toda razón a mí me hace  
más pobre y miserable mi riqueza,  
lo que el cielo en mí hizo me deshace,  
pues sola me ha vencido mi belleza.  
Aquel que, amando, en la que más le aplace  
se queja de rigor y de aspereza,  
¡oh cómo sé que se satisficiese,  
si un hora de mi mal probar pudiese!

Procura el amador verse presente  
y estar, si puede, de su bien cercano;  
yo, teniéndole en mí, soy tan ausente,  
que desde cien mil leguas lloro en vano.  
¡Oh si del fiero mal que esta alma siente  
estuviera el remedio en otra mano,  
que en mano de la fiera más terrible  
fuera dificultoso y no imposible!

¿A quién iré que pueda consolarme  
si el consuelo y la queja está conmigo?  
¿O quién diré que venga a remediarme  
si yo soy mi remedio y me persigo?  
Acabe mi dolor ya de acabarme,  
satisfágase Amor en mi castigo,  
pues tiene, para estar bien satisfecho,  
tan poco por hacer y tanto hecho.

Tenga ya fin, pues otro bien no espera,  
vida tan miserable y desdichada,  
y muerte su venida no difiera  
donde es tan conveniente y deseada.  
La causa de mi muerte no quisiera  
que agora, como yo, fuera acabada,  
mas si vivir conformes no podemos,  
conformes a lo menos moriremos».

En este punto el amoroso fuego,  
sobre la yerba donde echado estaba,  
de arder y consumir acabó luego  
el poco humor vital que le quedaba.  
Muriendo dijo: «¡Oh miserable y ciego,  
amado y amador!» Y replicaba  
Eco con doloroso sentimiento:  
«¡Oh amado y amador!», en triste acento.

Y luego aquellos ojos se cerraron,  
que para verse por su mal se abrieron,  
en pago de que a tantos no miraron,  
ni aun sólo ser mirados consintieron.  
Si lágrimas de muchos derramaron,  
en lágrimas también se consumieron,  
y con morir su pena aún no cesaba,  
que allá en el agua Estigia se miraba.

De toda la comarca los pastores,  
luego que el caso lamentable oyeron,  
lloran la novedad de los amores  
y del triste suceso que tuvieron.  
Cruel llaman al cielo en mil clamores,  
y a la natura, porque al mundo dieron  
tan sobrenatural gracia y belleza,  
para llevarla dél con tal presteza.

Todas las ninfas de aquel valle umbroso  
a las tristes obsequias se juntaron,  
que juntas quieren dar sepulcro honroso  
al cuerpo muerto que ya vivo amaron.  
Buscáronle, y fue caso milagroso  
que allí no pareció ni le hallaron,  
y a do murió una flor no vista vieron,  
que todas por Narciso la tuvieron.

Por Narciso de todas fue tenida,  
y Narciso de todas fue llamada,  
la cual de blancas hojas es ceñida  
al derredor y, en medio, colorada.  
La dolorosa muerte fue plañida  
y con tristes endechas lamentada.  
Eco, desde la cueva a do se esconde,  
al triste llanto, no sin él, responde.

Así acabó el soberbio y desdeñoso,  
el rebelde de Amor, ingrato y fiero,  
cuyo suceso, aunque es tan espantoso,  
ya pudo, y aún podrá, ser verdadero:  
porque al Amor lo más dificultoso,  
y lo más increíble, es muy ligero;  
y así, toda cruel o ingrata espere  
sentirlo cuando menos lo creyere.

Y si nunca a mujer jamás fue dada,  
por gran ingratitud, pena tan fuerte,  
¿quién sabe para cuál tiene guardada  
por ventura el Amor la misma suerte?  
Viva la que es discreta recatada,  
que pues hubo en el agua fuego y muerte,  
más cercano peligro, y más presente,  
hay siempre en el espejo que en la fuente.

## ELEGÍA A UNA PARTIDA

Si el dolor de la muerte es tan crecido  
que pueda compararse al que yo siento,  
duélase el que nació de ser nacido.

Mas nunca pudo muerte al más contento  
parecerle jamás tan cruda y fiera,  
que iguale a mi dolor su sentimiento.

Muerte puede hacer que el cuerpo muera,  
mas, cuando el amator de su bien parte,  
el alma se divide, que era entera.

Antes la más perfeta y mejor parte  
es la que en el poder ajeno queda,  
que con su propia mano Amor la parte.

Pues ved cómo de vos partirme pueda,  
que sois parte mayor del alma mía,  
sin que el dolor al del morir preceda.

Ya se me representa el triste día  
tan lleno de tiniebla, horror y espanto,  
cuan ajeno de luz y de alegría.

Y pues de agora se comienza el llanto,  
ved qué será en efeto la partida,  
si sólo el esperalla duele tanto.

Será gran bien en pena tan crecida  
que, pues partiendo de mi bien me alejo,  
antes que parta el pie parta la vida.

Mas el injusto Amor, de quien me quejo,  
permite, para daño más notable,  
que deje, sin morir, el bien que dejo.

¡Oh fortuna envidiosa y variable,  
que apenas vi mi bien ya desaparece,  
tanto te precias de tu ser mudable!

Aún bien no amaneció cuando anochece,  
que en el bien que he tenido ser primero  
su fin que su principio me parece.

Mas mi sustentamiento verdadero,  
partiéndome de vos, por quien vivía,  
es la esperanza de volver do espero.

Ni aunque me vaya donde nace el día  
tendrá el sol rayo tan resplandeciente  
que alumbre en su tiniebla el alma mía.

Otra alba han menester, otro oriente  
mis ojos, que sin vos hallan escuro  
del cielo el resplandor más excelente.

Y el bien que más deseo y más procuro  
casi me ofende, que es dejarme veros,  
visto a lo que partiendo me aventuro.

Y amenázame Amor con el perderos,  
aunque mi corazón no lo consiente,  
que desto se asegura con quereros.

Pero, señora, quien os ve presente  
¿qué corazón tendrá para acordarse  
que de esos ojos se ha de ver ausente,

y para ver la triste hora llegarse  
en que los míos hayan de partirse  
del bien de que no saben apartarse?

Si la pasión que desto ha de sentirse  
es cierto que ha de ser conforme al daño,  
harto se manifiesta sin decirse.

No digo la que siento en el engaño  
de ser mi voluntad desconocida,  
que éste es otro dolor nuevo y extraño:

ver que cosa de vos va tan sabida  
no queráis por su nombre confesalla  
por no la agradecer siendo creída;

que, aunque jamás yo supe declaralla,  
sé que de vos por un igual se entiende  
esto que digo y lo que el alma calla.

Mas lo que en mi partida ella pretende  
y, en pago de su fe, por ella os pido,

si el pedillo, señora, no os ofende,  
es sólo que a un querer tan conocido  
le deis su nombre, y que no sea pagado  
el jamás olvidaros con olvido,  
ni con ese descuido mi cuidado.

## DÉCIMAS

Nadie de su libertad  
tuvo tal satisfacción  
cual yo de la sujeción  
en que está mi voluntad,  
viendo cual es la ocasión;  
y estoy desto tan ufano  
que, aunque fuese ya en mi mano  
a mi libertad volverme,  
quiero perdella y perderme  
por lo que, perdiendo, gano.

Y sé que en amor no ha habido  
tan justo contentamiento,  
porque el bien que en mi mal siento  
no pudiera haber nacido  
sino de tal pensamiento.  
Y el mío, en haberme dado  
en algún tiempo pasado  
por otra causa pasión,  
conoce su sinrazón,  
viéndose do está empleado.

Así conozco, señora,  
como debo conocer,  
que en mí pena pudo haber,  
mas con las veras de agora  
por burla se ha de tener,  
que, cuanto mayores son  
las partes desta ocasión,  
tanto la pena presente  
será mayor que la ausente  
que sufrió ya el corazón.

Y, aunque no me puedo ver  
con más de lo que me veo,  
sé que, si más puede ser,



cabe todo en el deseo  
que tengo de padecer;  
porque en cuanto mal se ofrece  
al alma que lo padece,  
es satisfacción notoria  
la que le da la memoria  
del bien que no se merece.

Y el que supiere miraros  
verá este bien sólo en veros,  
que el que se atrevió a quereros,  
si presume de alabaros,  
es no saber conoceros;  
porque el buen conocimiento  
condena el atrevimiento  
del que alabaros pensase,  
si en ello no se emplease  
vuestro mesmo entendimiento.

Así no osaré decir  
esto, ni mal que padezca,  
pues, cuando a muerte me ofrezca,  
es gran paga el consentir  
que por vos yo la merezca.  
Y aunque consentir negáis  
la que mil veces me dais,  
su causa sois y seréis,  
y no serlo no podréis,  
aunque todo lo podáis.

Mas porque lo menos nuestro,  
esto sólo diré aquí,  
que, en perdiéndome de mí,  
me vi, como agora, vuestro  
al primer punto que os vi;  
y, queriéndome cobrar,  
en fin me vine a hallar  
contento en vuestro poder,  
do perdí con tal perder  
la codicia de ganar.

Lo demás no sé tratallo,  
aunque lo trato conmigo,  
mas vos, del alma testigo,  
hallaréis en lo que callo  
cuanto falta a lo que digo.

Y veréis en mí verdad  
tan cierta seguridad,  
que, si del querer más cierto  
se espera que llegue a puerto,  
no temo la tempestad.

Mas si en ella peligrar  
acaso vieren mi vida,  
yo la di por bien perdida,  
yo la quise aventurar,  
más cuenta no se me pida;  
que, con todo su rigor,  
no puede causar amor  
tan graves penas y enojos,  
que un volver de vuestros ojos  
no me cause bien mayor.

## GLOSAS

1

Glosa deste verso:  
“Quiero lo que no ha de ser”

Si medir yo mi deseo  
con lo posible pudiera,  
tan libre ahora me viera  
cuan sin libertad me veo;  
pero pasó mi querer  
sin podelle detener,  
tanto de lo que se espera  
que, dejando lo que fuera,  
quiero lo que no ha de ser.

El bien que basta querelle  
para poder alcanzalle,  
el que para en desealle  
aún no llega a merecalle.  
Así me lo dio a entender  
Amor, que pudo hacer  
poco todo lo posible,  
por donde con fe inamovible  
quiero lo que no ha de ser.

Merece ser condenado

por grosero el amador  
que quiere cerrar a Amor  
en término limitado;  
y pues para su poder  
mil ejemplos hacen ver  
que es corto y estrecho el mundo,  
yo, que en su valor me fundo,  
quiero lo que no ha de ser.

Claro está que perdería  
gran parte de su valor,  
si se sujetase Amor  
sólo a lo que ser podría.  
Y no alcanzando a saber  
a dónde llega un querer,  
ni fuera vida el vivir  
ni pudiera yo decir  
quiero lo que no ha de ser.

Encierra un nuevo esperar  
en sí la desconfianza,  
y así no falta esperanza  
cuando más viene a faltar;  
y pues podella tener  
disminuye el merecer  
y la fe pierde su grado,  
satisfecho de mi estado,  
quiero lo que no ha de ser.

2

Si al sospechoso acrecientan  
las sospechas que le dan,  
certezas se le harán.

Es cosa en amor muy hecha,  
donde no hay hora segura,  
el venir siempre en figura  
de verdad cualquier sospecha;  
pero si el dolor estrecha  
a quien sospechas le dan,  
certezas se le harán.

Vienen con tal desatino  
y es tal su naturaleza,

que de sospecha a certeza  
no hay un hora de camino,  
que al corazón adivino  
males que nunca vendrán  
certezas se le harán.

A la más adversa suerte  
resiste un buen amador,  
mas la fuerza de un temor  
enflaquece lo más fuerte:  
no le busquen otra muerte,  
que, si sospechas le dan,  
aquéllas le acabarán.

No se levantan del suelo  
un dedo en su nacimiento,  
y llegan en un momento  
con las cabezas al cielo;  
nacen de fuego y de yelo  
y, en fin, del lugar do están  
muy tarde o nunca se van.

Fuerzan a creer de hecho  
cualquier manifiesto engaño,  
y antes la mentira en daño  
que la verdad en provecho.  
Al entrar rompen el pecho,  
si la entrada no les dan  
para el corazón do van.

De cualquier ligero viento  
suelen nacer y formarse,  
y vienen luego a fundarse  
sin tener más fundamento;  
en llegando al pensamiento,  
al corazón llegarán  
y allí permanecerán.

Y, para que no se sientan,  
nunca es parte la razón,  
porque ellas el todo son  
en el lugar donde asientan;  
y si después se acrecientan  
por mano de quien se dan,  
juzgad el mal que harán.

Pues que no se ha de hacer  
lo que mi querer desea,  
quiero lo que no ha de ser,  
quizá con no lo querer  
posible será que sea.

Pues por derecho camino  
pierdo siempre lo que espero,  
ya, señora, lo que quiero  
no querello determino.  
Orden nueva ha de tener  
el alma en lo que desea,  
quiera lo que no ha de ser,  
quizá con no lo querer  
posible será que sea,

No hay bien que para alcanzalle  
me haya bastado querelle  
y, para luego perdelle,  
basta sólo el desealle.  
Y a quien ha de suceder  
al revés cuanto desea,  
quiera lo que no ha de ser,  
quizá con no lo querer  
posible será que sea.

Así, porque mi servicio  
ante vos algo merezca,  
procuraré que os parezca  
el serviros deservicio;  
y que mi extremo querer  
no se reciba ni crea  
sino por aborrecer,  
por ver si podrá valer  
para que lo que es no sea.

De lo que no os acordáis  
será el olvido remedio,  
y el callar tendré por medio  
para que mi mal sepáis.  
Apartaréme de os ver  
para que mejor os vea,  
y así probaré a hacer

que sepáis lo que es querer,  
y que lo imposible sea.

De hoy más sirva la esperanza  
sólo de desconfiar,  
porque ya para esperar  
quiero la desconfianza.  
Ésta es la que ha de traer  
al alma el bien que desea,  
pues esperar y querer  
cualquier bien que pueda ser  
hacen que cierto no sea.

Para más presto llegar  
alargaré mi camino,  
usando del desatino  
para poder atinar.  
Así quiero pretender  
que alguna señal se vea  
del bien que no puedo haber,  
y que lo que no ha de ser  
por razón sin ella sea.

Para apartarme del daño  
procuraré de dañarme,  
y para desengañarme  
entraré en mayor engaño.  
No veré ni quiero ver  
lo que más claro se vea,  
ni querré lo que ha de ser,  
pues que hace mi querer  
que lo que ha de ser no sea.

Cuando viere en este mar  
mayor peligro y más cierto,  
apartaréme del puerto  
para podelle tomar.  
Y pues es claro de ver  
que en atajar se rodea,  
quiero lo que no ha de ser,  
quizá con no lo querer  
posible será que sea.

Así en figura mudado  
será cuanto digo agora,  
mas mí voluntad, señora,

no tiene mudable estado:  
que dejaros de querer  
no es posible que se vea  
ni nadie lo espere ver,  
porque nunca vendrá a ser  
sino cuando yo no sea.

4

Zagala, di, ¿qué harás  
cuando me verás partido?  
-Carillo, quererte más  
que en mi vida te he querido.

Dime, pues fortuna ordena  
mi pasión y mi partida,  
si será de ti sentida  
parte alguna de mi pena;  
o si no, siendo partido,  
zagala, di, ¿qué harás?  
-Carillo, quererte más  
que en mi vida te he querido.

¡Oh, si, viéndome yo ausente  
destos campos y ribera,  
te fuese siempre, cual era,  
mi pena y amor presente!  
Mas temo que, con ser ido,  
desto te disculparás.  
-No, sino quererte he más  
que en mi vida te he querido.

Fortuna tendrá poder  
para apartarme de verte,  
pero del bien de quererte  
jamás lo podrá hacer;  
mas tú, viéndome partido,  
zagala, ¿qué sentirás?  
-Carillo, quererte más  
que en mi vida te he querido.

Dóblame el dolor que siento  
de verme apartar de ti  
el pensar que sólo en mí  
se halla este sentimiento,

y que de verme partido  
por ventura holgarás.  
-No, sino quererte he más  
que en mi vida te he querido.

¿Cómo estará asegurado  
de tanto bien en ausencia  
el que, muriendo en presencia,  
temió de ser olvidado?  
Temo que, en siendo partido,  
por muerto me juzgarás.  
-No, sino quererte he más  
que en mi vida te he querido.

Mira que es grave el dolor  
que me causa esta mudanza,  
y que a débil esperanza  
siempre la vence el temor;  
y, siendo así, de tu olvido  
¿qué seguridad me das?  
-Carillo, quererte más  
que en mi vida te he querido.

## RESPUESTA

Si confesar yo quererte  
no te quita de fatiga,  
Carillo, no sé qué diga  
que baste a satisfacerte;  
mas por ser tú endurecido  
desto no me mudarás,  
porque he de quererte más  
que en mi vida te he querido.

Partiendo, no lleves miedo,  
carillo, sólo de ti,  
pues si tú partes sin mí,  
también yo sin ti me quedo;  
y, cuando fueres partido,  
mira que dejas atrás  
la que ha de quererte más  
que en su vida te ha querido.

¿Qué mayor seguridad  
quieres de lo que te toca



que verme a mí por mi boca  
descubrir tan gran verdad?  
Si hasta aquí no me has creído,  
sé que en fin me creerás,  
porque he de quererte más  
que en mi vida te he querido.

Si lo que digo no fuese  
verdad en el alma mía,  
carillo, ¿quién me podría  
forzar a que lo dijese?  
Bien podrás tú ser partido,  
mas de mí nunca sabrás  
sino que te quiero más  
que en mi vida te he querido.

## SONETOS

1

Soneto sobre la red de amor

Dígame quién lo sabe: ¿cómo es hecha  
la red de Amor, que a tanta gente prende?  
¿Y cómo, habiendo tanto que la tiende,  
no está del tiempo ya rota o deshecha?

¿Y cómo es hecho el arco que Amor flecha,  
pues hierro ni valor se le defiende?  
¿Y cómo o dónde halla, o quién le vende,  
de plomo, plata y oro tanta flecha?

Y si dicen que es niño, ¿cómo viene  
a vencer los gigantes? Y si es ciego,  
¿cómo toma al tirar cierta la mira?

Y si, como se escribe, siempre tiene  
en una mano el arco, en otra el fuego,  
¿cómo tiende la red y cómo tira?

2

Respuesta

De amor se hace, y por él mismo es hecha  
la red de amor que a tanta gente prende,  
y como la refuerza el que la tiende,  
no está ni puede estar rota o deshecha.

Hermosura es el arco que Amor flecha,  
del cual ninguna fuerza se defiende,  
y el gusto humano es quien le da y le vende  
de diversos metales tanta flecha.

Nace niño, y por horas crece y viene  
a ser más que gigante y, siendo ciego,  
vuélvese un Argos al tomar la mira

y un monstruo tan extraño, que, aunque tiene  
en una mano el arco, en otra el fuego,  
con mil tiende la red y con mil tira.

3

Respuesta

La red de amor, pues por Amor es hecha,  
no es de maravillar si a tantos prende  
ni que, pues él la coge y él la tiende,  
la guarde sin estar rota o deshecha;

ni que, del arco que Amor hace y flecha,  
trabaje en vano aquél que se defiende,  
ni que se engañe quien le da y le vende,  
mirando y deseando, tanta flecha.

Es niño y vence, porque él solo viene  
a poder lo imposible, tal que ciego  
muy cierta, sin mirar, toma la mira,

y nos hace sentir que a un tiempo tiene  
las manos en el arco y en el fuego,  
y prende con la red, y abrasa y tira.

4

Respuesta

La red de amor es invisible y hecha  
de suerte que, sin verse, enlaza y prende,  
y de valerle tanto al que la tiende  
procede el nunca estar rota o deshecha.

Deleite forja el arco que Amor flecha,  
del cual nuestro valor mal se defiende,  
y el flaco natural le da y le vende,  
para daño del mundo, tanta flecha.

Amor es fuerza indómita, aunque viene  
en figura de niño, y aunque es ciego,  
sola su voluntad es punto y mira;

y así, pudiendo cuanto quiere, tiene  
en una mano el arco, en otra el fuego,  
cuando tiende la red y cuando tira.

5

*Soneto*

La grave enfermedad que en Silvia vía  
lloraba triste su pastor Silvano,  
cuando, mirando en la siniestra mano,  
le vio un agudo hierro que tenía,

así diciendo: «De la furia mía  
guárdese todo corazón humano».  
¿Y qué hará con gesto alegre y sano  
la que doliente y tal esto hacía?

Mostró que, pues peligro descubierto  
tan claro desengaña al que le viere,  
huyan todos la muerte conocida,

porque el daño mayor está encubierto,  
que el triste que a quererla se atreviere  
harto más aventura que la vida.

6

*Soneto*

Estas palabras de su Silvia cruda  
puso Silvano en esta haya umbrosa:  
«Silvia, do vemos de cruel y hermosa  
tales extremos que el mayor se duda,

conociendo mi mal y que su ayuda  
es sola en mi remedio poderosa,  
mírame y de cruel en piadosa  
muestra querer mudarse, y no se muda.

Con tales muestras me sostiene en vida,  
hasta que muerte o más dichoso hado  
me aparten del Tesín y su ribera.

Y si esto puede una piedad fingida,  
considera, pastor enamorado,  
lo que podría hacer la verdadera».

7

*Soneto*

Cuando era nuevo el mundo y producía  
gentes, como salvajes, indiscretas,  
y el cielo dio furor a los poetas  
y el canto con que el vulgo los seguía,

fingieron dios a Amor, y que tenía  
por armas fuego, red, arco y saetas,  
porque las fieras gentes no sujetas  
se allanasen al trato y compañía;

después, viniendo a más razón los hombres,  
los que fueron más sabios y constantes  
al Amor figuraron niño y ciego,

para mostrar que dél y destos hombres  
les viene por herencia a los amantes  
simpleza, ceguedad, desasosiego.

8

*Soneto*

De oliva y verde yedra coronado,  
cuando el rayo del sol es más caliente,  
vuelos los ojos a una clara fuente,  
y al pie de un alto pino recostado,

sin acuerdo de sí ni del ganado,  
que de pacer dejaba al son que siente,  
así soltó la voz suavemente  
de amores un pastor apasionado:

«Las ondas cesarán del mar profundo,  
por altas cumbres subirán los ríos,  
sin hoja verde nos vendrá el verano

y oscuro hará el sol antes el mundo  
que, aunque refuerce Amor los males míos,  
a Silvia deje de adorar Silvano».

9

*Soneto*

Como vemos que un río mansamente,  
por do no halla estorbo, sin sonido,  
sigue su natural curso seguido  
tal, que aun apenas murmurar se siente;

pero, si topa algún inconveniente,  
rompe con fuerza y pasa con ruido  
tanto, que de muy lejos es sentido  
el alto y gran rumor de la corriente;

por sosegado curso semejante  
fueron un tiempo mis alegres días,  
sin que queja o pasión de mí se oyese;

mas como se me puso Amor delante  
la gran corriente de las ansias mías,  
fue fuerza que en el mundo se sintiese.

10

*Soneto*

Pastora en quien mostrar quiso natura,  
a la miseria deste bajo suelo,  
la más cierta señal del bien del cielo  
y un claro sol en la tiniebla oscura,

si pastoral ingenio a tanta altura  
pudiese levantar su corto vuelo,  
que cantase Damón cuánto consuelo  
es verte y no te ver cuál desventura,

desde el un polo al otro se sabría  
que no yo solo, mas cualquier que ausente  
de tu presencia vive, oh Galatea,

debe sentir la mesma pasión mía,  
pues sola en ti se halla juntamente  
cuanto bien se procura y se desea.

11

*Soneto*

Mientras amor con deleitoso engaño  
daba color a la esperanza mía,  
el seso, lo mejor que él entendía,  
declarar procuró mi mal extraño.

Pero ya que llegar a ser tamaño  
le vio, y que iba creciendo cada día,  
dejó la menos necesaria vía  
por más considerar el propio daño.

Desde allí, va en silencio y noche oscura,  
con mil acuerdos de mi bien pasado  
y del presente mal, paso mi vida,

que en tal extremo está de desventura,  
que, si hay firmeza en miserable estado,  
ni puedo ya subir ni dar caída.

12

*Soneto*

Nunca me vi tan solo ni apartado,  
que lo pudiese estar de un pensamiento  
que me renueva el doloroso cuento  
de mi estado presente y del pasado;

do Amor, por verme siempre lastimado  
con apariencias de contentamiento,  
modera su rigor, y luego siento  
con esperanza mi temor mezclado.

Entran luego los dos en su porfía,  
donde en fin el temor vence la prueba  
y pierde la esperanza mal fundada.

En esto estoy mil veces cada día,  
y siempre el mismo caso me renueva  
tristes congojas y, pasión doblada.

13

*Soneto en ausencia*

Vivir, señora, quien os vio, sin veros,  
no es por virtud ni fuerza de la vida,  
que, en partiendo de vos, fuera perdida,  
si el dejaros de ver fuese perderos;

mas de tanto valor es el quereros,  
que, teniéndoos el alma en sí esculpida,  
de su vista y memoria, que no olvida,  
ninguna novedad basta a moveros.

Así, aunque lejos de vuestra presencia,  
vos sola me estaréis siempre presente  
y no me faltaréis hora ninguna,

sin que puedan tenerme un punto ausente  
el áspero desdén, la cruda ausencia,  
nueva llaga de amor, tiempo o fortuna.

15

*Soneto de Silvano a su pastora Silvia*

Cuando la alegre y dulce primavera  
a partir sus riquezas comenzaba,  
y de los verdes campos desterraba  
aquella estéril sequedad primera,

un pastor triste y solo en la ribera  
de Tesín gravemente sospiraba,  
y vi que en un alto olmo que allí estaba  
con un hierro escribió desta manera:

«Si, de amor libre, por aquí pasare  
acaso algún pastor, cualquier que fuere,  
huya desta ribera y deste llano,

que, cuando más sin pena se hallare,  
si a Silvia la cruel pastora viere,  
por ella morirá como Silvano.

16

*Sonetos en prisión de franceses*

I

Como el poderos ver, señora mía,  
me sustentaba sin usar de otra arte,  
cuando en segura y reposada parte  
Fortuna tanto bien me concedía;

así, después que por contraria vía  
volvió su rueda, y con el fiero Marte,  
sin que cese su furia ni se aparte  
de mí, los dos me dañan a porfía,

ni su poder ni la prisión francesa,  
do por nuevo camino me han traído,  
privarán de su bien mi pensamiento;

con que no sólo ningún mal me pesa,  
mas aun, señora, viéndome perdido,  
conozco que lo estoy, y no lo siento.

II



Lo que es mortal padece esta prisión,  
que lo inmortal, señora, está en la vuestra;  
ésta tiene de mí sola la muestra,  
la vuestra tiene el alma y corazón.

Por donde yo no hallo por razón  
que a Fortuna llamar deba siniestra,  
pues ella me guió con mano diestra  
a veros y a sufrir por vos pasión.

Así de todo el mal en que me ha puesto,  
cuando pienso este bien en que me puso,  
no sólo le perdono su mudanza,

pero aun no estando satisfecha desto,  
de cualquier otro mal también la excuso.  
salvándose de veros mi esperanza.

### III

Cuando contemplo el triste estado mío  
y se me acuerda mi dichoso estado,  
hallo mi ser en todo tan trocado,  
que pensar tuve bien es desvarío.

Con mi memoria por mi mal porfío,  
pues, si no es esperanza en bien pasado,  
y en ella con razón fui confiado,  
con muy mayor agora desconfío.

Ausencia, de pasiones madre y fuente  
junta con el temor de vuestro olvido,  
del cual aun en presencia me temía,

hacen con fuerza del dolor presente  
parecerme, según ya estoy perdido,  
que ni fue ni vi entonces lo que vía.

### CANTO DE SILVANO

A la sazón que se nos muestra llena  
la tierra de cien mil varias colores,  
y comienza su llanto Filomena;

cuando, partido Amor en mil amores,  
produce en todo corazón humano  
como en la tierra el tiempo nuevas flores;

al pie de un monte, en un florido llano,  
a la sombra de una haya en la verdura.  
cantaba triste su dolor Silvano,

y asegundaba voz en su tristura  
el agua que bajaba con sonido  
de una fuente que nace en el altura.

Pastor en todo el valle conocido,  
a quien la musa pastoral ha dado  
un estilo en cantar dulce y subido.

Después que su zampona hubo templado,  
dijo, como si viera ante sus ojos  
a aquélla por quien vive apasionado:

«Silvia cruel, pues que de mis enojos  
el número mayor más te contenta,  
y es tuya la vitoria y los despojos,

muévete al menos a tomar en cuenta  
aquella voluntad tan conocida  
con que sufro el dolor que me atormenta.

No sé por qué de ti ya no es creída,  
si no porque de grande es increíble  
y tú, enemiga, de ti poseída.

¡Oh, si me fuese ahora tan posible  
acabar ante ti por contentarte,  
como vivir sin ti me es imposible!

En pago de aquel tiempo que en mirarte  
gasté contento, cuando no mostrabas  
como huelgas ahora de alejarte,

Silvia cruel, que verte me dejabas,  
porque venido al tiempo de no verte  
me viese cual tú verme procurabas,

si del atrevimiento de quererte

merecí pena, ya la padecía,  
que bastaba perderme sin perderte.

Acuérdome de un tiempo que solía  
contar Silvano el triste sus pasiones,  
y Silvia la cruel se las oía.

Acuérdome que mis toscas razones  
hallaban en tu pecho acogimiento,  
si hallaban también contradicciones.

Acuérdome también que mi sustento  
era tu vista y desto se holgaba  
quien huelga ahora de mi perdimiento.

¡Quién me dijera, cuando yo te daba  
cuenta tan larga de las ansias mías,  
que desventura tal se me guardaba!

¡Quién me dijera, Silvia, que encubrías,  
so color de dolerte, la crueza  
que al fin acabará mis tristes días!

No pienses que tendrá ya tu fiereza  
lugar en mí do pueda ejecutarse,  
que la fuerza que viste es ya flaqueza.

Mi vida es la que gana en acabarse,  
tú sola perderás en que se acabe,  
que yo no pierdo sino en dilatarse.

Este alto monte, que mis ansias sabe,  
por mi contino canto doloroso  
sabe la crueldad que en Silvia cabe.

Y al son que hacen triste, y tan lloroso,  
las ninfas del Tesín en su ribera,  
responden las del Po, claro y famoso.

Deste llano, do siempre primavera  
hallaban los pastores y el ganado,  
hora huye y se aparta toda fiera.

Sólo Silvano, el triste desdichado,  
a llorar su dolor y desventura  
quedó, como en desierto, desterrado.

¡Cuán diferente ya en esta pastura  
de aquél que ahora soy me vi cantando,  
no versos de dolor ni de tristura,

sino de tal sujeto que, en tocando,  
la rústica zampona resonaba  
mi suerte y tus bellezas alabando!

Y de las dos riberas se juntaba  
la más sentida parte de pastores,  
que, estimando mi canto, me escuchaban.

Allí los más penados amadores  
a cantar comenzaban dulcemente  
en amoroso verso sus dolores.

De sombra en sombra, de una en otra fuente,  
en loar cada cual a su pastora,  
procuraba mostrarse más valiente.

Donde no se pasó jamás un hora  
que tu precioso nombre no se oyese,  
tu nombre, Silvia, por quien muero agora.

Ni pienso que algún olmo o salce hubiese,  
do escrita de mi mano por tu gloria  
parte de tu valor no se leyese.

Con esta simple pastoral historia  
procuraba dejar en estos llanos  
inmortal para siempre tu memoria.

Porque del bien de nuestra edad ufanos  
pudiesen en el tiempo venidero  
gozarse los pastores comarcanos.

Entonces tuve vida, ahora muero;  
entonces, Silvia, no menospreciabas  
a tu pastor Silvano, aunque grosero;

entonces vi que no te desdeñabas  
de alegrar con tu vista estas riberas,  
sin mostrar que de verme te enojabas.

Gozábamos tu vista, tus maneras,

tu habla, tus graciosos movimientos  
para hacer mil almas prisioneras.

Y todas mis congojas y tormentos  
con tu presencia así se deshacían  
como la niebla con furiosos vientos.

Cuando estos campos tanto bien tenían,  
los árboles, las flores y los prados  
de granizo ni piedra no temían.

Todos los frutos por aquí sembrados  
se vían de hora en hora levantarse  
como por mano de natura alzados,

y todas estas yerbas alegrarse,  
como se ven ahora, no te viendo,  
antes de tiempo y sin sazón secarse.

Pero cual yo te vi flores cogiendo  
por estos campos es para sentirse  
sólo en el alma, y voylo yo diciendo.

Al aire esos cabellos vi esparcirse,  
en mil ñudos al aire esos cabellos,  
y luego de una nube el sol cubrirse

de corrimiento y pura envidia dellos,  
hasta que tú, porque él se descubriese,  
tornabas a encubrillos y cogellos.

Si con el bien perdido se perdiese  
la memoria que vive tan dañosa,  
aún pienso triste que vivir pudiese;

pero con ella en ansia congojosa  
pasaré con dolor lo que me queda,  
que es poco, desta vida trabajosa.

Volvió Fortuna su mudable rueda  
porque en estado triste y miserable  
quejarme siempre sin valerme pueda.

Y tú, Silvia cruel, fuiste mudable  
con quien tuvo y tendrá siempre contigo  
una fe y un amor tan entrañable.

Pues si tal crueldad usas conmigo,  
procurar, siendo tuyo, de acabarme,  
¿qué más puede esperar un enemigo?

En comenzando tú a desampararme,  
me faltó todo bien y la esperanza  
que en algún tiempo no solía faltarme.

Has mudado mi ser con tu mudanza,  
y sola una señal no me dejaste  
de bien en que tuviese confianza.

Y pienso que, de ver que no acabaste  
esta sombra que queda de la vida,  
aún no juzgas mi mal tanto que baste.

Pues aunque tu belleza es tan subida,  
no soy tal, si lo miras, que merezca  
que de mí te desprecies ser querida.

Ni tan disforme soy que, do se ofrezca  
mostrarme con pastores mis iguales,  
no pueda parecer, y no parezca.

Y tú mesma de nuestros mayores  
siempre viste tenerse y estimarse  
Silvano, el que ahora muere, y no le vales;

pues de lo que un pastor debe preciarse,  
en nuestro valle ningún otro veo  
que de mí le hayas visto aventajarse.

Mi canto ya le oíste, y yo no creo  
que pudiera de ti ser más loada  
la musa de Damón y Alfesibeo.

Mas triste, sin ventura, todo es nada:  
¿qué vale fe en amor, ni partes buenas,  
a pastor cuya vida es malhadada?

Antes ayudan a doblar las penas,  
que tanto más las siente el que padece,  
cuanto más le debieran ser ajenas.

Porque al pastor que menos lo merece

la Fortuna cruel se muestra amiga,  
y al que merece más desfavorece.

No sé, Silvia, qué piense o qué me diga,  
sino que ya no espero que se amanse  
tu enojo ni que menos me persiga.

Mis días hacia el fin vuelan y vanse,  
y pienso serán antes consumidos  
que vea un hora sola en que descanse.

¡Oh, si ahora mis versos doloridos  
con este triste son se levantasen  
y pudiesen llegar a tus oídos!

Que ya que tu dureza no ablandasen,  
yo sé que de mi mal alguna parte  
que negar no pudieses te mostrasen;

no porque vayan guarnecidos de arte,  
sino por ser el cuento simple y puro  
del dolor que conmigo Amor reparte.

Versos movieron corazón muy duro,  
mas es el tuvo duro en tal extremo,  
que ni lo espero ya ni lo procuro,

ni busco otro remedio, antes lo temo,  
pues sale de mis ojos siempre un río  
que pasa por la llama en que me quemo;

y ni el gran fuego al triste llanto mío  
disminuye el humor que le sustenta,  
ni decrece el ardor por agua o frío.

Y si pena mayor quieres que sienta,  
o mayor puede ser, mándalo luego,  
que cosa no querrás que no consienta.

Mas mira el triste llanto y vivo fuego  
que me consume y arde, y verás claro  
que no puedo pasar de donde llego,

que ni a pastor jamás costó tan caro  
amar pastora, ni la quiso tanto,  
ni se vio perdición tan sin reparo».

Aquí llegó Silvano con su canto,  
dando por fuerza de pasión tamaña  
fin a los versos y principio al llanto.

Eco, del centro de la gran montaña,  
resuena en su favor, ya por costumbre,  
con temerosa voz, triste y extraña.

Mas como Febo, con su clara lumbre,  
acabó de encubrirse y esconderse,  
desamparando ya toda alta cumbre,

y se alegraba Endimión de verse  
cercano de gozar su bien tamaño,  
comenzó el pastor triste a recogerse,  
llevando a la majada su rebaño.

#### SILVANO A SILVIA

A Silvia la crüel salud envía  
Silvano el triste, de quién él la espera,  
que habella de otra parte desconfía.

Yo quisiera hacerte, si pudiera,  
esta mi carta alegre o menos triste,  
mas salióme por fuerza verdadera.

En ella te verás cual siempre fuiste,  
soberbia vencedora de un vencido  
que no se defendió ni se resiste.

Y a mí me verás tal, y tan perdido,  
como tú mesma desear podrías,  
que es cuanto puede ser encarecido.

Verás aquellos tan sabrosos días,  
que con tu voluntad gocé de verte,  
vuelos en ansias y en congojas mías.

Temo contar mi dolorosa suerte  
que sé que a cada paso deste cuento  
he de topar mil veces con mi muerte.



Y aunque palabra para sentimiento  
de tan creídos males no hay ninguna,  
lo que puedo decir de lo que siento.

Bien sé que el triste canto te importuna,  
porque ya con mi suerte le ha mudado  
de alegre en doloroso mi fortuna.

El doloroso verso enamorado,  
que un tiempo tus oídos deleitaba,  
en triste y enojoso se ha trocado.

Entonces que mi vista te gozaba,  
con que tú me mirases, o mirarte,  
toda amorosa queja se templaba.

Pero ya con el vano imaginarte,  
¿de qué sustentaré mi triste vida,  
buscándote mis ojos sin hallarte?

Nunca sentí tal pena que, medida  
con la gloria de verte, no la viese  
menor mil veces, aunque muy crecida.

Ni tormento sufrí que Amor me diese  
que, pensando en el bien de tu presencia,  
aunque fuese mortal, yo le temiese.

Mas ¡oh dura, cruel, grave sentencia  
de Amor y mi fortuna, que han querido  
que sufra un cuerpo de su alma ausencia!

¡Cuánto más sano y cuán mejor partido  
me fuera el acabar, que tú lo vieras!  
Mas porque fuera lo mejor, no ha sido.

Entonces a lo menos me creyeras  
ni hubieras visto lo que me decías:  
que nunca fue mi mal pena de veras,

y que eran de obstinado mis porfías,  
y que por mi placer te importunaba,  
buscando de enojarte nuevas vías.

Si penaba de veras o burlaba,  
puedeslo ver en lo que paso ahora,

que el fin por el principio se mostraba.

Si padecer un mal que no mejora,  
ni espera mejorar de ningún arte,  
ni siente de descanso sola un hora;

si en ausencia quererte y contemplarte,  
si tener en el alma tu figura,  
y sólo al corazón dar della parte;

si en tan grave pasión y desventura  
sumarse mi remedio y mi consuelo  
en ver o imaginar tu hermosura

y, para mayor daño y desconsuelo,  
tener Amor en mí la entrada cierta  
al dolor miserable del recelo;

si haber cerrado a todo bien la puerta,  
y abrirla a todo mal de la manera  
que Amor por acabarme lo concierta,

no son de mi congoja lastimera  
para poderla ver ciertas señales,  
¿cuáles serán de pena verdadera?

Pero las mías, aunque son mortales,  
bien sé que no podrán satisfacerte,  
porque a tu voluntad no son iguales.

Así jamás espero de tenerte,  
por males que padezca, satisfecha,  
aunque morir me vieses por quererte.

Mas esta vía he de seguir derecha  
por no faltarme a mí de lo que debo,  
que contigo bien sé que no aprovecha.

Por presupuesto ya en mis males llevo  
que ni en mí el padecer es cosa nueva,  
ni en ti no conocerlo es caso nuevo.

No tengo para qué hacer más prueba,  
que ya tu voluntad está probada,  
pues que por ella tanto mal se aprueba.

De mi vida presente y la pasada  
quedará para ti sabrosa historia  
del alma por mi mano trasladada.

De mis penas tendrás dulce memoria,  
y en la diversidad de cada una  
diversamente te verás en gloria.

Holgarás con Amor y con Fortuna,  
que con tu voluntad se han concertado,  
y en todos tres la voluntad es una.

Verás los dos para lo que han bastado;  
verás también a lo que tú bastaste,  
que pudiste acabar lo comenzado;

verás cumplido cuanto procuraste,  
y más se cumplirá si más procuras,  
que en mí no tiene tu querer contraste.

Disparates los llamas y locuras,  
mas, ¡oh, cuán diferente es el juicio  
del que se halla envuelto en desventuras!

Tú en lastimarme seguirás tu oficio,  
yo en padecer seguiré siempre el mío,  
que efectos son los dos de tu servicio.

Y si mis quejas a escribir porfío,  
no es ya porque yo espere de ablandarte,  
que esperallo sería un desvarío,

ni porque piense que la menor parte  
del mal que hasta ahora he padecido  
pueda mi bajo estilo declararte:

que en uno será siempre lo que ha sido,  
y en otro yo sé bien si faltaría  
el más delgado estilo y más subido.

Mas movióme a escribirte el ansia mía,  
ver que descanso en cosa no hallaba,  
y probéle a buscar por esta vía.

Hame salido lo que yo esperaba,  
que en tales esperanzas no me engaño,

aunque del mal forzado lo probaba;

mas aunque su dolor grave y extraño  
sojuzga ya del todo el sufrimiento,  
pido que crezca en mí, si puede, el daño,  
pues con él crece tu contentamiento.

## QUEJAS DE AUSENCIA ENVIADAS A SU MUJER

No sé por qué culpa o yerro,  
señora, me desterraron,  
mas sé que me condenaron  
más a muerte que a destierro  
cuando de vos me apartaron;  
que en ser de vos apartado,  
mi temor y mi cuidado,  
mi tristeza y mi pasión  
serán sin limitación,  
aunque el tiempo es limitado.

No me puede el tiempo dar  
alivio con limitarse,  
pues el mal que ha de pasarse  
puede también acabar  
la vida como acabarse;  
ni sin vos podré tener  
sino siempre que temer  
entretanto que no os viere,  
porque, aunque veros espere,  
en fin esperar no es ver.

Bien sé que algunos dijeron  
que nuestra imaginación  
hace caso, y lo escribieron,  
mas no entiendo en qué razón  
se fundan, si lo creyeron;  
pues, si pudiera traeros  
a mis ojos el quereros  
con el siempre imaginaros,  
ni me faltara el miraros  
ni me matara el no veros.

Verdad es que en esta ausencia,  
puesto que el alma suspira,

siempre os tiene en su presencia,  
y los ojos con que os mira  
son de mayor excelencia:  
porque os miran, siendo ausente,  
tan firme y seguramente,  
que de poderos mirar  
jamás los podrá apartar  
ausencia ni otro accidente.

Mas los míos que os miraban  
y mirándoos, conocían  
el regalo en que vivían,  
el bien que en veros gozaban  
y el que partiendo perdían,  
no tienen más que perder:  
pues no veros es no ver,  
sólo les queda esperar  
que, volviéndoos a mirar,  
vuelvan a cobrar su ser.

Y si fuere del temor  
esta esperanza vencida,  
mi memoria, que no olvida,  
defenderá del dolor,  
en vuestra ausencia, la vida;  
que aunque el continuo acordarme  
no puede ni basta a darme  
consuelo ni bien entero,  
en falta del verdadero  
éste no puede faltarme.

Porque tan aceto ha sido  
en el alma este cuidado,  
que fue, en habiéndoos mirado,  
de mi memoria el olvido  
para siempre desterrado;  
la cual del bien que tenía  
dio al juicio, en aquel día  
la parte que en él cupiese,  
para que lo más creyese,  
pues lo menos entendía.

Así en esto convinieron  
memoria y entendimiento,  
uno y otro tan contento,  
que con vos sola tuvieron

cumplido contentamiento;  
y su acordar y entender  
pudieron luego mover  
a la voluntad que fuera  
sola en esto, y la primera  
cuando lo pudiera ser.

No es dudosa esta verdad  
ni flaco su fundamento,  
pues os dan seguridad  
memoria y entendimiento  
juntos con la voluntad;  
los cuales de tal manera  
se conforman en que os quiera,  
que, según todos declaran,  
a quereros me forzaran  
si de grado no os quisiera.

Aunque no fuera el forzarme  
por el usado camino  
por donde solían llevarme  
Amor y mi desatino,  
sin poder yo remediarme;  
do, si tuve algún poder,  
faltóme en ello el saber,  
pero sé que, aunque supiera  
valerme, no lo hiciera  
ni lo quisiera hacer.

Mas ya sé, ya puedo y quiero  
seguir la más sana vía,  
pues por la que antes seguía  
he visto el despeñadero  
con la claridad del día:  
ya me espinan los abrojos,  
ya el sol alumbra mis ojos,  
que estuvieron deslumbrados,  
y pasaron mis cuidados,  
que no fueron sino antojos.

Amo ya seguramente  
sin duda de ser pagado,  
imagino el mal pasado,  
considero el bien presente,  
y así es el gusto doblado:  
con aquél sentí tormento,

con éste, en contentamiento  
me voy siempre mejorado;  
del uno quedo burlado,  
y del otro, más contento.

Hizo Amor del yelo y fuego  
süave y dulce templanza,  
de mi temor esperanza,  
de mi cuidado sosiego,  
de su tempestad bonanza.  
Ya no sólo me aseguro  
de Amor, pero dél procuro  
llegar a mayor extremo,  
como quien a vela y remo  
navega su mar seguro.

Y, si otro tiempo aprobaba  
cosas dél que agora niego,  
ya vio por milagro el ciego,  
pues yo, de donde llegaba,  
pude volver donde llego,  
que es donde he descubierto  
el pasado desconcierto,  
y me ha dado el desengaño  
de tanta fortuna y daño  
seguridad en su puerto.

Vos, señora, sois y fuistes  
de todo este bien la guía,  
y al peligro en que me vía,  
cuando vos me socorristes,  
tal socorro convenía.  
Así, en cuanto digo y hago,  
so tan corto que no os pago,  
que, aunque basta y aprovecha  
para estar vos satisfecha,  
a mí no me satisfago.

Esto solo os debe dar  
alguna satisfacción,  
que en el alma y corazón  
tenéis, señora, el lugar  
que se os debe por razón;  
aunque por la parte humana,  
que es también sincera y sana,  
pierden y están mis sentidos

en esta ausencia perdidos  
donde sola el alma gana.

Estas dos partes, señora,  
que el alma y sentidos fueron,  
aunque siempre difirieron,  
en quereros nunca un hora  
discordes jamás se vieron;  
y, si estarlo parecía  
sobre cuál más os quería,  
quedaban, hecha su cuenta,  
cada cual dellas contenta  
con el bien que le cabía.

Mas las dos han ya venido  
en caso tan desigual,  
que tiene la principal  
el bien que siempre ha tenido,  
y la otra sólo el mal;  
porque el destierro y ausencia  
no quitan su preeminencia  
de veros a la mayor,  
y hay de vos a la menor  
mil leguas de diferencia.

Y así me aparta el remedio  
Fortuna, que me destierra  
de la paz a tanta guerra,  
do mi vista tenga en medio  
tanta distancia de tierra,  
que, aunque el tiempo da y consiente  
esperanzas al doliente,  
hace el temor no sentir,  
del bien que está por venir,  
alivio en el mal presente.

Y, aunque es alguno pensar  
en volveros presto a ver,  
he ya llegado a saber  
que no esfuerza el esperar  
cuanto desmaya el temer.  
Y en ausencia, este consuelo  
llega helado más que el yelo  
y deshácese en un hora,  
que en este estado, señora,  
mucho más puede el recelo.



Y así parte tan caída  
nunca mejora aunque espere,  
que, si el bien se le difiere,  
resiste poco la vida  
a mal que tan recio hiere.  
Mas haga el cielo que os vea  
quien tanto veros desea,  
pues sin esto no hay consuelo,  
ni sin vos en este suelo  
para mí bien que lo sea.

Vuele el tiempo como puede,  
y con tal fuerza lo haga,  
que en esto me satisfaga,  
pues de su tardar procede  
todo el dolor de la llaga:  
porque estos ojos y oídos,  
privados y distraídos  
de todo el bien que desean,  
hasta que os oyan y vean  
no se llamarán sentidos.

## MADRIGALES

1

En un contino llanto  
hasta acabar la vida,  
¿quién no murió de ver vuestra partida?

Y es muy poca señal de mal tan fuerte  
tal pérdida llorada,  
pues con el postrer daño, que es la muerte,  
aun no fuera igualada.

Sólo puede igualarle mi quedada,  
pues siendo vos partida,  
quedé yo sin el alma y sin la vida.

2

En el tiempo, señora, que encubría  
lo que publico agora,

no tuve de descanso sola un hora.  
Lo que sentía me forzó a quejarme,  
y quedo más quejoso,  
porque lo que busqué para aliviarme  
me da menos reposo;  
y pues todo camino es tan dañoso,  
yo tomo por mejor  
dejarme en vuestra mano y la de Amor.

#### EPITAFIO PUESTO EN UN RETRATO DE UNA SEÑORA

El que ensalzar procura su sentido  
y de toda bajeza libre verse,  
el que más sin remedio está perdido  
y cobrarse quisiere con perderse,  
y el que busca el deseo bien cumplido  
y extremo que no pueda merecerse,  
de gracia, de valor y hermosura  
reposen, en mirando esta figura.

#### LIRAS

*A un buen caballero, y mal poeta, la lira de Gracilazo contrahecha*

De vuestra torpe lira  
ofende tanto el son, que en un momento  
mueve al discreto a ira  
y a descontentamiento,  
y vos sólo, señor, quedáis contento.

Yo en ásperas montañas  
no dudo que tal canto endureciese  
las fieras alimañas,  
o a risa las moviese  
si natura el reír les concediese.

Y cuanto habéis cantado  
es para echar las aves de su nido,  
y el fiero Marte airado,  
mirándoos, se ha reído  
de veros tras Apolo andar perdido.

¡Ay de los capitanes

en las sublimes ruedas colocados,  
aunque sean alemanes,  
si para ser loados  
fueran a vuestra musa encomendados!

Mas ¡ay, señor, de aquélla  
cuya beldad de vos fuere cantada!,  
que vos daréis con ella  
do verse sepultada  
tuviese por mejor que ser loada.

Que vuestra musa sola  
basta a secar del campo la verdura,  
y al lirio y la viola,  
do hay tanta hermosura,  
estragar la color y la frescura.

Triste de aquel cautivo  
que a escucharos, señor, es condenado  
que está muriendo vivo  
de versos enfadado,  
y a decir que son buenos es forzado.

Por vos, como solía,  
no reprehende Apolo ni corrige  
la mala poesía,  
ni las plumas rige,  
pues la vuestra anda sola y nos aflige.

Por vuestra cruda mano  
aquella triste traducción furiosa  
no tiene hueso sano,  
y vive sospechosa  
que aun vida le daréis más trabajosa.

Por vos la docta musa  
no da favor a nadie con que cante,  
y mil querellas usa  
con un llanto abundante,  
mas nunca escarmentáis para adelante.

A vos es vuestro amigo  
grave, si no os alaba, y enojoso,  
y si verdad os digo,  
daisme por ambicioso,  
por hombre que no entiende o sospechoso.

Si yo poeta fuera,  
viendo la cosa ya rota y perdida,  
a Apolo le escribiera,  
pues que de sí se olvida,  
que reforme su casa o la despida.

Que no ha sido engendada  
la poesía de la dura tierra,  
para que sea tratada  
como enemigo en guerra  
de quien se muestra amigo y la destierra.

Ella anda temerosa  
con sobrada razón, y tan cobarde,  
que aun quejarse no osa,  
ni halla quien la guarde  
de que en vuestro poder no haga alarde.

Y estáis os alegrando,  
el pecho contra Apolo empedernido,  
y a su pesar cantando,  
de que él está sentido  
y el coro de las musas muy corrido.

Por ley es condenado  
cualquier que ocupa posesión ajena,  
y es muy averiguado  
que con trabajo y pena  
el oro no se saca do no hay vena.

Pues ¿qué podrá decirse  
de quien de versos llenos de aspereza  
no quiere arrepentirse,  
y para tal dureza  
anda sacando fuerzas de flaqueza?

Señor, unos dejaron  
fama en el mundo por lo que escribieron,  
y de otros se burlaron,  
que, en obras que hicieron,  
ajeno parecer nunca admitieron.

Palabras aplicadas  
podrían ser éstas a vuestra escritura,  
pero no señaladas,

porque es en piedra dura,  
y ya vuestro escribir no tiene cura.

Mas digo finalmente,  
aunque decirlo es ya cosa excusada,  
que no hagáis la gente  
de vos maravillada,  
juntando mal la pluma con la espada.

Mueran luego a la hora  
las públicas estancias y secretas,  
y no queráis agora  
que vuestras imperfetas  
obras y rudo estilo a los poetas

den inmortal materia  
para cantar, en verso lamentable,  
las faltas y miseria  
de estilo tan culpable,  
digno que no sin risa dél se habla.

## ESTANCIAS

Tan alto es el favor y el bien que siento  
en verme cual estoy tan bien perdido,  
que nadie sufrió pena tan contento  
de cuantos por amor han padecido;  
y de tener ocioso el pensamiento  
el tiempo que lo estuvo estoy corrido,  
porque debiera estar, señora mía,  
en vos sola ocupado noche y día.

En vos debiera siempre de ocuparse,  
como en más digna y excelente parte,  
do vemos cuanto puede desearse  
y cuanto bien el cielo acá reparte;  
y vemos obra que, para formarse,  
convino por razón que fuese el arte  
igual al pensamiento, y la natura  
al mundo lo mostró en vuestra figura.

Temor tengo, señora, de alabaros,  
y nace del que tengo de ofenderos,  
mas el que, viéndoos, no sabía estimaros

tampoco mereció ni supo veros;  
y al entendido bastará miraros  
para poder en parte conoceros,  
en parte de aquel todo que nos muestra  
el ser la hermosura gracia vuestra.

Tampoco en estos versos escribiros  
pensé, ni presumí lo que padezco,  
porque aun lo menos no sabría deciros  
y sé que me diréis que lo encarezco;  
mas de mi voluntad para serviros,  
si es poco lo que nuestro y lo que ofrezco,  
tomad lo que en el alma está más cierto  
y para vos es claro y descubierto.

Y claro está también, si considero  
vuestro valor y partes de una en una,  
hallar que, si por vos mil veces muero,  
no puedo merecer merced ninguna;  
pero por no esperar, como no espero,  
bien por mano de Amor ni de Fortuna,  
escojo antes por vos desconfianza  
que por otra que vos cierta esperanza.

Y no podrá el vivir desconfiado,  
ni el tiempo, de quereros apartarme,  
ni de seguir intento tan honrado  
bastará la aspereza a desviarme.  
El mal que ha de venir casi es pasado,  
pues tan apercebido ha de hallarme,  
y en tal firmeza esperará mi suerte  
al tiempo, a la ventura o a la muerte.